« mandan á toda la tierra que los crean clementes, justos y vir-
« tuosos. Tiberio y Seyano no ven en Bruto y Casio mas que hom-
« bres sanguinarios y malvados. »

Por otra parte, á excepcion de Barrère y Saint-Just, los miembros de la Montaña no sabian arreglar sus ideas en órden lógico, dirigirse á un fin y concluir. Los informes de Robespierre no son susceptibles de análisis, solo presentan una mezcla confusa de palabrería fofa, hinchazon de estilo y mal gusto.

Robespierre no atacaba á sus enemigos cara á cara, sino por detras y por insinuacion, dirigiéndoles amenazas indirectas y palabras de brillo siniestro, como Tiberio, en el senado romano, á sus víctimas designadas.

Discípulo de Rousseau, era deista como Saint-Just, y, en aquel entonces, proclamarse deista, era proclamarse religioso.

La víspera de su muerte, cuando vino á denunciar á la Convencion las Comisiones de salud público y de seguridad general, insistió con afectada complacencia, en el papel de soberano pontífice que habia desempeñado en la fiesta del Ser Supremo. El apóstrofe que termina este episodio no carece de animacion y colorido:

« Ciudadanos, habeis atraido á la causa de la revolucion todos
« los corazones puros y generosos, pues la habeis manifestado al
« mundo en todo el brillo de su celestial belleza. ¡Dia dichoso en
« que el pueblo frances entero se levantó para tributar al autor de
« la naturaleza un digno homenage! ¡Qué conjunto interesante de
« todos los objetos que pueden encantar las miradas y los corazo-
« nes de los hombres! ¡Oh ancianos honrados por las verdes ge-
« neraciones! ¡oh generoso ardor de los hijos de la patria! ¡oh
« júbilo candoroso y puro de los jóvenes ciudadanos! ¡oh lágrimas
« deliciosas de las madres enternecidas! ¡oh hechizo divino de la
« inocencia y hermosura! ¡oh magestad de un gran pueblo, feliz
« por el solo sentimiento de su fuerza, de su gloria y virtud! ¡Ser
« de los seres! el dia en que el universo salió de tus manos omni-
« potentes, ¿brilló á tus ojos con una luz mas halagüeña que el dia
« en que, rompiendo el yugo del crimen y del error, pareció á tu
« vista digno de tus miradas y de su destino? »

No puede negarse que hay en este trozo factura y arte; pero, ¿hallábase en su lugar entre una denunciacion á muerte y una insurreccion meditada? Las oraciones revolucionarias presentan á menudo semejantes contrastes.

Para Robespierre, la fiesta y la restauracion del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, no fue una mera mogiganga como para la mayor parte de sus irreligiosos colegas de la Montaña, sino una ceremonia solemne é imponente; así no perdonó las hablillas indevotas de los demás miembros del gobierno; y dos cosas le irritaban sobre manera, su materialismo, y que, durante cuarenta dias, hubieran podido prescindir de su presencia.

Cuando, en los primeros tiempos, tuvo que sufrir los violentos ataques de Louvet y Vergniaud, bajó Robespierre la cabeza y dejó pasar la tormenta; pero cuando vió diezmada la Convencion, cuando la vió ceder y doblarse, entonces habló con tono imperioso, pretendiendo que la Asamblea discutiese, ó, por mejor decir, decretase sin dilacion las leyes mas espinosas y terribles, propuestas en el instante mismo por la Comision de salud pública. La mayoría avasallada palidecia de cólera, y la venganza hervia en todos los corazones; Merlin y Tallien se turbaban, y Bourdon, devorando su injuria, balbuciaba estas palabras con labios trémulos: « Estimo á Couthon, estimo la Comision de salud pública,
« estimo la firme Montaña que ha salvado la libertad. »

Esta Montaña, minada en sus cimientos, iba pronto á desmoronarse.

¡Qué drama oratorio, qué discurso en accion el de la famosa sesion del 9 de termidor!

Robespierre sube á la tribuna, lanza una terrible acusacion contra sus enemigos; baja, reina un silencio sepulcral; poco á poco un estremecimiento profundo se comunica de banco en banco; acércanse los miembros unos á otros, fórmanse corrillos; los enemigos secretos del gobierno se miran, se cuentan, se consultan, se indignan, revientan por fin. La Convencion discute los actos de Robespierre, y este está perdido por el hecho mismo. Saint-Just vuela á su socorro y denuncia á Tallien; mas apenas ha pronunciado este nombre, cuando Tallien, pálido, deshecho, medio vivo, medio muerto, pide que se desgarre enteramente el velo que cubre á Robespierre.

Billaud-Varennes exclama: « La Convencion se halla doble-
« mente amenazada, y perecerá si flaquea... » (*¡No! ¡no! no perecerá.*) — Todos los diputados se levantan, agitan sus sombreros y juran salvar la república.

Billaud-Varennes: « ¿Hay un solo ciudadano que quisiera vivir

« bajo un tirano? » (Toda la Asamblea : *¡No! ¡no! perezcan los tiranos.*)

Robespierre se dirige á la tribuna. Muchas voces gritan estrepitosamente : ¡*Fuera el tirano, fuera*!

Robespierre insiste, Tallien lo repele y continua la acusacion.

Entonces Robespierre interroga con su agitada mirada los mas ardientes miembros de la Montaña; unos apartan la cabeza, otros permanecen inmóviles. Robespierre invoca al centro : « A vosotros « me dirijo, hombres puros, y no á esos malvados... (*Violenta in-* « *terrupcion*) Por la última vez, te pido la palabra, presidente de « asesinos! » (*¡No! ¡No!*)

El ruido continua, aumenta la confusion, Robespierre apura todos sus esfuerzos, su voz se enronquece.

Garnier : « La sangre de Danton te ahoga! »

Ese Danton cuya sangre subia á la garganta de Robespierre y lo ahogaba, ese Danton que voy á pintar, ese Danton inferior á Mirabeau, mas solo á Mirabeau, descollaba de la altura de la cabeza á todos los demás convencionales.

Tenia como Mirabeau, visto de cerca, la tez morena, facciones chatas, frente arrugada, una fealdad repugnante; mas, como el orador de la Constituyente, visto de lejos, y en una Asamblea, atraia las miradas por su fisonomía característica y por esa belleza varonil que es la belleza del orador.

Mirabeau tenia el aspecto de leon, Danton del alano, emblemas ambos de la fuerza.

Naturalmente elocuente, Danton, en la antigüedad, con su voz retumbante, sus ademanes impetuosos, y las colosales figuras de sus discursos, hubiera gobernado las tempestades de la multitud.

Orador del pueblo, tenia las pasiones de este, comprendia su índole, hablaba su idioma. Exaltado pero sincero, sin hiel pero sin virtud, sospechado de rapacidad aunque murió pobre, cínico en sus costumbres y conversacion; sanguinario por sistema, mas no por temperamento, cercenaba las cabezas, pero sin odio como el verdugo, y sus manos maquiavélicas chorreaban de la sangre de las víctimas de setiembre. ¡Politica tan falsa como abominable! Danton excusaba la crueldad de los medios por la grandeza del fin.

Dos hombres dominaron sucesivamente la Revolucion, los dos semejantes, y los dos diferentes, Danton y Robespierre.

Ambos gefes de partido y dueños de la Convencion; ambos partidarios de las mas violentas medidas; ambos expertos é inteligentes en los negocios interiores y extranjeros; ambos hombres de consejo y hombres de accion; ambos acusados de traicion, tiranía y dictadura; ambos privados de hablar en su defensa personal, por haberse negado á oir á otros; ambos acusados unánimemente por sus propios cómplices; ambos condenados por el tribunal revolucionario que habian erigido; ambos declarados fuera de la ley; ambos inmolados en la flor de la edad, Danton por Robespierre, y Robespierre á causa de Danton; ambos enfin arrastrados al mismo suplicio, en la misma carreta, y decapitados en el mismo cadalso.

Danton era desarreglado en su conducta, apegado á los placeres, ávido de dinero, no para atesorarlo, sino para gastarlo alegremente; Robespierre era tétrico, trabajador ardiente hasta perder el sueño.

Danton tenia el mayor desprecio por Robespierre, el cual se lo pagaba con usura.

Danton era ligero é inconsecuente, Robespierre atrabiliario, reservado, sospechoso, desconfiado, rencoroso é implacable para con sus enemigos.

Danton, naturalmente jactancioso, blasonaba del mal que habia hecho, y aun se atribuia crímenes que no habia cometido; Robespierre encubria su saña y rencor con el nombre del bien público.

Robespierre era espiritualista, discípulo de J. J. Rousseau; Danton ateo y materialista, cuidábase muy poco del paradero de su alma despues de la muerte, con tal que estuviese su nombre inscrito, como él mismo decia, en el Panteon de la historia.

Danton dejaba apercibir en su surcada frente y ardientes ojos las violentas pasiones que avasallaban su alma; Robespierre disimulaba el encono bajo la inmovilidad de su semblante.

Danton imponia con su estatura atlética y el estruendo de su voz; Robespierre petrificaba los acusados con su lenguage glacial, y los aterraba con su mirar siniestro.

Danton, como un leon, arrojábase valerosamente sobre su presa; Robespierre, como una serpiente, se enroscaba en torno de su víctima.

Danton reposaba despues del combate, y dormia descuidado;

Robespierre no creia nunca haber abatido suficientemente sus enemigos, mientras que quedaba uno solo existente.

Danton se olvidaba completamente á sí mismo al tratarse de los peligros de la patria, y estaba siempre pronto á comprometerse por sus amigos; Robespierre, al pronunciar la palabra libertad, nunca se perdia á sí mismo de vista, se alababa con propia boca, y se miraba en su orgullo.

Robespierre tenia mas talento, Danton mas genio.

Danton se abandonaba á la inspiracion momentánea, se embriagaba con su palabra y gesto, y derramaba á manos llenas la hipérbole en sus discursos; Robespierre impasible, replegado en sí mismo, entraba con precaucion en el debate, y calculaba el efecto de sus proposiciones elaboradas.

Danton procedia por brincos y sobresaltos, atropellándolo todo, vivo é impetuoso en su exordio, sobremanera presuntuoso, acostumbrado á los triunfos de la palabra, y excesivamente confiado en el imperio de su elocuencia, sin pensar en los caprichos de la popularidad y en la mengua que acarrea la ausencia. Robespierre urdia con paciente y pérfida maña las redes en que debian caer sus enemigos, tenia la cuchilla suspendida sobre muchas cabezas á la vez, y la dejaba caer como un rayo al fin de sus discursos.

Danton terminaba con alboroto, pero sin conclusiones; Robespierre, menos brillante pero mas preciso, menos impetuoso pero mas hábil, jamás hablaba en vano ni proferia palabras inútiles, sin perder un momento de vista el fin que se proponia; y terminaba por un decreto de acusacion redactado en formas y sometido á la aceptacion inmediata de la Convencion espantada.

Danton se figuraba que bastaba presentarse para combatir, y combatir para triunfar; Robespierre buscaba en la efervescencia de los Jacobinos y en la fuerza armada de la municipalidad, un apoyo contra las Comisiones y la misma Convencion.

Hubo en Danton menos traicion que relajamiento, menos olvido de la Revolucion que de sí mismo; y en Robespierre mas vanidad ofendida que aspiracion á la dictadura, mas rencor que tiranía premeditada.

Danton pereció por demasiada confianza en sí mismo, Robespierre por excesivas sospechas para con sus cómplices.

Danton pasó como un metéoro en el horizonte convencional;

Robespierre mantuvo las Asambleas, Comisiones y clubs bajo su dependencia, gobernó sin ser ministro, reinó sin ser rey, y dió su nombre á la época.

La elocuencia parlamentaria, en nuestras Cámaras de monopolio, en nuestros gobiernos de complicados resortes, es las mas veces un vano sonido, un tejido de frases sonoras, y nada mas; pero, en aquel entonces, un dictador popular, un tribuno, un Danton, por su poder, su voluntad, y la magia de su palabra, hacia marchar seiscientos mil hombres, rechazaba al extranjero mas allá de nuestras fronteras, abatia las categorías de los proscritos, removia las provincias hasta en sus cimientos, é improvisaba ejércitos, tribunales, leyes y constituciones.

La elocuencia, en aquellos tiempos, promulgaba leyes, triunfaba en la Convencion, en los clubs, en la plaza pública; mientras que en el dia es un medio para llegar al ministerio. Danton, al dejar esta dignidad para ser mero representante del pueblo, era mas que un ministro, era todo.

Danton se pertrechó en la Convencion como en una fortaleza erizada de cañones, mitad amenazando sus defensores, mitad al enemigo. Allí hizo fuego por todas las troneras, sin que nadie le disputase el mando; pero, cuando la Convencion se dividió en dos campos rivales, Danton hesitó, y si hubiera pasado á la Gironda, hubiera acabado con Robespierre; pero imprudentemente repelido por los Girondinos al pié de la Montaña, subió á ella resignado á su destino: «¡Ah! tú me acusas, decia á Guadet, elevándose á «toda su altura, tú me acusas..., no conoces mi fuerza.»

Descomunal era en efecto esta fuerza, pues tenia en su mano dos resortes poderosos para desquiciar la Convencion, el terror y el entusiasmo.

Increible era esa fuerza de entusiasmo, cuando asentó en sus gigantescos pilares el Tribunal revolucionario.

Irresistible era esa fuerza de entusiasmo, cuando, reanimando con su terrible soplo el ardor marcial de los Franceses, pronto á decaer si continuamente no se excita, decia: «Lo que para vencer «necesitamos, es audacia, audacia, y mas audacia.»

Y en otra ocasion: «El pueblo no tiene mas que sangre, y la «prodiga. Vamos pues, miserables, prodigad igualmente vuestras ri-«quezas. ¡Qué! teniendo una nacion entera por palanca, y la razon «por punto de apoyo, ¿aun no habeis cambiado la faz del mundo? «Dejad vuestras necias disputas, que aquí solo se trata del ene-

«migo que debemos atacar y vencer. ¡Eh! ¿qué me importa que «me llamen bebedor de sangre? ¿Qué viene á ser mi reputacion? «Que sea libre la Francia, y maldito mi nombre si necesario «fuere.»

Monstruosa elocuencia á la verdad, pero llena de originalidad, brio y vehemencia; elocuencia que á chorros brotaba del pecho del orador, arrastraba la Asamblea y le arrancaba aplausos frenéticos.

Oigamos aun otros fragmentos de esta misma elocuencia:

«Una nacion en revolucion es como el bronce que se derrite y «regenera en el crisol. La estatua de la libertad aun no ha sido «vaciada, pero hierve el metal.»

Y este otro: «Marsella se ha declarado la montaña de la repú«blica, montaña que tomará ensanche; y de su cima desprende«ránse los peñascos de la libertad que aniquilarán sus ene«migos.»

Y esta palabra tan exacta: «Cuando un pueblo destruye la mo«narquía para llegar á la república, la fuerza de proyeccion que «lo empuja, hace que vaya siempre mas allá del límite que se pro«pone.»

Y esta arrogante amenaza: «A cañonazos debemos anunciar «la Constitucion á nuestros enemigos.»

Tambien pagó Danton tributo al mal gusto del tiempo: así uno de sus mas célebres discursos concluye en estos términos: «Me «he atrincherado en la *ciudadela de la razon*, y no saldré sino «con el *cañon de la verdad*, para pulverizar á mis acusadores.»

¡Objeto eterno de meditacion histórica! ¡Qué carrera tan inmensa y gloriosa hubiera corrido la libertad, si tantas confiscaciones, destierros, encarcelamientos; tantos tormentos y sangre vertida; tantas cabezas cortadas, tantos verdugos y tantas víctimas, no hubiesen acarreado el despotismo á consecuencia de tan contínua anarquía! Y por otra parte, ¡qué riesgo de muerte hubiera corrido nuestra Francia una é indivisible, amenazada del desmembramiento y la reparticion de sus miembros, si en aquel momento fatal que salva ó destruye los imperios, cuando titubeaba la misma Convencion, hubiera Danton desesperado de la patria!

Lo que lo perdió y lo que debia perder á Robespierre, fue menos el haber querido gobernar que el no haber gobernado suficientemente.

No hay que apartarse con ceño de las revoluciones, ni mirarlas

pasar desde la ribera, sino embarcarse con ellas en el mismo buque, atravesar las mismas tormentas, velar dia y noche para impedir ó hacer abortar las conjuraciones, y no dejar un solo instante el timon.

Danton se durmió al lisongero arrullo de su popularidad, sus manos dejaron escapar el timon, cayó en el mar el terrible orador, y fue sepultado en el abismo.

Las revoluciones corren veloces, el pueblo olvida, las facciones devoran.

Ni el favor de sus amigos, ni el ruido de su nombre, ni la memoria de sus servicios, ni su influjo en la Convencion, ni las secretas simpatías del Tribunal revolucionario, ni la abnegacion de sus amigos, ni la ligereza de la acusacion, ni su amor por la libertad, ni su audacia, ni su elocuencia, nada pudo salvarlo.

Levantada estaba la cuchilla, y Robespierre aguardaba su víctima.

Danton, al ir á la muerte, pasa delante de la casa de Robespierre, y, volviéndose á ella exclama con su voz de trueno: «¡Robespierre! ¡Robespierre! te emplazo á comparecer antes «de tres meses en el cadalso.» Sube la fatal escalera, y por última vez abraza á su amigo Camilo Desmoulins; el verdugo los separa: «Miserable, le dice Danton, ¿podrás acaso impedir que «nuestras dos cabezas se besen en el canasto? ¡Qué tiempos! qué «palabras!»